

á un tiempo, arrebatándose las frases con el ruido singular que hacen varias mujeres reunidas.

Los palurdos caballeros con el vinillo y los chistes, fuéronles perdiendo el miedo, y aunque parcamente ya contestaban con más ó menos aplomo á lo que ellas les decían. María Teresa y sobre todo Rosa Elena, azuzaban indirectamente á Cipriano para que le dijera alguna barbaridad á Don Pablo, que seguía muy atento á lo que había ido, según él, es decir, á comer solamente. La oportunidad se presentó, cuando le pusieron en las narices un platillo, donde unas bolitas esponjosas y doradas sobrenadaban en un caldo. El héroe se quedó viendo aquello con la atención de un arqueólogo ante un mono feo de piedra. Con seguridad que no pensaba si aquello sería agradable y sabroso, pues para él todo lo era, sino de qué manera y con qué lo comería, pues no había en la mesa tortillas, y con la corteza del pan era imposible hacer sopas. Como todo el que vacila y escoge al azar, por la cuchara ó el trinche, tomó el cuchillo. Metió la redonda hoja en el líquido, y cayéndosele la baba, estuvo pacientemente pescando. Al fin, logró difícilmente poner á flote una de aquellas bolitas; pero apenas la había subido equilibrándola en la punta del cuchillo unos diez centímetros, con el temblor de la mano, la emoción y el ansia, se le resbaló por un lado, cayendo en mitad del plato. Habló Cipriano:

—Oye, Mono, ya le llenaste el ojo de caldo al pueta.

Este, que estaba retirado, al oír que le nombraban, alzó la cara, pues estaba preparando quizá otro brindis; pero como no comprendiera, volvió á las musas. En cambio, la víctima se mortificó tanto por la risa general, que contestó con un humilde acento:

—¡Está muy lejos! . . . —Se refería á Don Patricio.

Viendo Cipriano que no intentaba levantar otra de las dichas bolitas, pero que disimuladamente con amorosos ojos las veía, añadió para arruinarlo completamente:

—Mira, Mono, yo te cuido la ropa. Métele.

Eran tan uniformes las risas y risotadas, que me aproximé con cualquier pretexto y ví que ya casi todos estaban más que alegres. Era el momento de dar el golpe de gracia, pues yo también con miles de estratagemas había puesto á la señora Condesa próxima á la fusión.

Al indicar al español que hiciera el ofrecimiento convenido, Rosa Elena, que hablaba y reía con Luis, demasiado solícito y pegado, volvió el hermosísimo rostro para hablarme. Me detuve á su derecha, casi á su espalda. Sin mover los hombros una línea, me veía en sentido diagonal, pudiendo yo admirar á un tiempo su perfil y la parte izquierda, en una línea suave y pura. Toda su hermosa y blonda cabellera con arte arreglada, formaba una graciosa combinación, desde la blanca é inmaculada frente, hasta la nuca donde se movían varios rizos capaces de enredar las ideas del filósofo más ácido. Su piel ambarina, estaba cubierta de un vello finísimo, y parecía transparente, aterciopelada y luminosa. En sus ojos, dulcemente bondadosos y bellos, adviné una gran inteligencia y una penetración admirable.

—Lo felicito sinceramente, señor Colt.

—¿Por qué?

—Es usted muy hábil. Nunca lo hubiera creído, dijo sonriendo con picaresca ironía. Hice que no entendía, contestándole:

—Todo está preparado por Don José y su compañero de la izquierda.

—No, no, no — exclamó riendo. — Este mi compañero de la izquierda — añadió señalándole graciosamente — ya olvidó todo . . . no sabe dónde está . . . el vino se le sube . . . y el amor también . . . rápidamente.

—¿Cómo? ¿El amor? . . .

Luis iba á decir algo muy corrido y avergonzado, pero ella se anticipó:



—No es hombre de acción.

—Soy de corazón. . . . . murmuró Luis con timidez, como quien dice una bobada.

—Y como no contara con un pequeño obstáculo imprevisto — añadió la hermosa viéndolo rápidamente, — aquí tiene usted á su segundo, que por hoy no lo es. . . .

En aquel momento se ponía en pie Don José y tuve que retirarme, excusándome, pues la señora Condesa podía necesiarme.

—Excelentísima señora Condesa, señoras y señoritas,—dijo el español, ya un poco tartamudo:—no por hacer alarde, pues todo para tan distinguidas personas es poco, sino como humilde obsequio, ofrezco á ustedes hoy un gran regalo que me hicieron hace años. Es un añejo vino de Jerez de la Frontera, el cual se fabrica especialmente para la mesa de S. M. la Reina.—V. E. debe conocerlo, y mucho placer será para nosotros el que en estas apartada tierras, le traiga, al catarlo, grandes y gratísimos recuerdos.

Varios mozos se presentaron con botellas cubiertas con muchos papeles, cartones y fuertes alambres.

Abiertas con muchas ceremonias, empezóse á servir en copas pequeñas, cuidando de no tirar ni una gota del nobilísimo y añejo vino hecho para la Reina mucho antes que ésta naciera, según salía la cuenta. Tenía un color cenizo, opaco y un poco verde en los bordes por la capilaridad. Aquel endiablado vino no era otra cosa que una temible mezcla de ajeno, tequila y chartrés. Era un explosivo capaz de derribar á un elefante, si un elefante bebiera vino de reinas.

Servidos todos, tomó su copa la señora Condesa, y acercándose la con lentitud á los labios, probó un pequeño sorbo paladándolo con humos de inteligente, entornando los ojos, ya bastante turbios. Volvió á beber otro poco, hizo los mismos gestos, pues sabía que todos los ojos estaban atentos en ella, y volviéndose á mi pobre persona que humildemente esperaba á un lado

con la risa por todo el cuerpo, díjome de manera que todos oyeran:

—Es el mismo.

Y se bebió el resto. Descomunales esfuerzos hice por no soltar á reír.

Por fortuna para mí, con semejante ejemplo, todos, menos Rosa Elena, Angela y María Teresa, apuraron sus copas. Apresuréme á llenar de nuevo la copa de doña Gertrudis. Los mozos llenaron también todas las otras.

A Don Patricio le llegó la inspiración de golpe como si fuera un cólico. Viendo que nadie le hacía indicaciones, él se puso en pie, y dijo con énfasis:

—Pido la palabra.

Como nadie se la concediera, se la tomó, quizá por aquello de que el que calla otorga. El brindis me pareció cuando lo oí que era en verso; pero ahora que traduzco mis notas taquigráficas, parece prosa, pues no le encuentro las puntas. Tal vez el lector sea más hábil:

«¡Cuán lejos la Madre Patria! ¡Cuán lejos los tiempos pasados de los héroes cantantes y nobles! ¡Cuán sabio el trabajo zapesco del monje alquimista en tetricos conventos celdarios! ¡Cuán puro y. . . . profundo el genio de las generaciones ascendentes! He aquí dos pruebas hermosas, palpables, palpitanes, vivientes: ahí en aquel trono imperecedero una gran dama noble de entonces tan noble como un Rey, tan grande como un Empeador. . . . aquí, un néctar híbrido de Dioses olimpianos, de ellos no más. . . . Ella para El. . . . El para Ella. . . . Son del mismo origen alto y hoy aquí se juntan. . . . Brindo por la unión de la nube y el agua. . . . .»

Colosales aplausos y rabiosas dianas. Yo no pude más, y retrocediendo unos pasos, me eché á reír hasta asfixiarme, pues sentía morir. Cuando logré reponerme, pensé encontrar á la vieja enojada y furiosa. Al contrario. Puestos ambos codos so-



bre la mesa y las manos en ambas mejillas, lloraba copiosamente con los labios trémulos. Muy descompuesta la pintarrajeada faz con más arrugas y empapada en abundantes lágrimas, quiso verme á través de ellas, y me dijo emocionadísima:

—Nunca olvidaré esto... ¡Son ustedes magníficas personas!... Ese hombre (Don Patricio) es inculto; pero en verdad tiené mucho talento.

Yo no podía creerlo. Era demasiado pronto.

¡Estaba muy borracha la Excelentísima señora Condesa del Pinar, Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle! Entre lágrimas, amabilísimas sonrisas y truncadas frases de satisfacción, gratitud y hasta amistad, me indicó que le sirviera otra copa. La empresa ya iba por su propia cuenta; pero pensé al estarla sirviendo, que tendríamos que llevarla en brazos á los pocos minutos. Cuando iba á levantar la copa con torpe y pesada mano, me dijo farfullando las palabras:

—Sirva otra... para usted... Colt. Pida una silla... y siéntese aquí... junto á mí... sin temor... lo quiero... yo... ¿eh?... lo quiero yo... ¿eh?... vamos... Así... bien... más cerca... quiero hablarle... de mí... Se interrumpió, quedándose con los ojos fijos en el mantel y los dedos en la caña de la copa. La cabeza se le iba para delante, para atrás, sobre los hombros. Los globos de sus ojos giraban pesadamente como si llevaran el compás de los tardos pensamientos.

Con lentitud volvió á verme, y forzando una sonrisa que quiso ser amable y resultó imbécil, masculló:

—Tomaremos esta... en re... cuerdo... entre... ínti... mos... si... así... yo... no... ten... yo... no ten... go... aquí... acá en todo... yo... se... que... us... ted... son... Va... mos... por... Us... ted... como... re... re... re... cuerdo...

Tomé una de las copas en que ella había bebido antes otros vinos, y la aproximé suavemente. Levantó la suya con el famo-

so vino de la Reina, y apenas se puso el borde en los labios, alzó el brazo con golpe súbito, y se bebió todo el líquido con avidez.

—Es... bueno... sí... el mis... mo... el... mis... mo...

Se detuvo un momento pensando:

—Yo... quie... ro... co... rrespon... der... Ah... Colt... estoy... un... poco... indis... in... dispuesta... ¿verdad?...

—¡Oh, no, señora Condesa, no!...

—Bien... algu... na... vez, son... ustedes... muy... bue... Yo... quie... ro... mi hija... Rosa... Ele...

—Voy á hablarle, con permiso.

Las demás estaban quizá peores: algunas reían sin motivo, otras hablaban entre sí ó con sus compañeros, también borrachos pero respetuosos, y una lloraba con la señora Vilchy de Castillo Contreras. Ya nadie comía; los platillos, empujados se amontonaban, derramándose algunas fuentes y volcados vasos y copas. Moore, incapaz de emborracharse con nada, enseñaba á María Teresa y á la niña Gertrudis que estaba de rodillas en la silla, equilibrios de cuchillos y trinchas clavados en un corcho, y éste en el filo de un botellón.

Cipriano refería, sin gran éxito, pues la risa era regalada, quién sabe qué historia.

Don Pablo era el único que seguía comiendo lo que estaba al alcance de sus manos, y en aquel momento pacientemente le daba vuelta á un gran platón de carnes frías, cebollas y chiles en vinagre. El Doctor Ramírez, de pie entre Doña Pilar Barajas y Josefina, que lo veían con ojos apagados, les refería el gran descubrimiento que hizo el año pasado en un cuecillo, de un dilococéfalo zapoteco con medidas medias antropométricas de 118, lo cual superaba á todos los ejemplares del Perú, etc., etc... Luis,



muy nervioso, con lágrimas en los ojos y voz sin matices, decía á Rosa Elena algo muy interesante y serio, que ella escuchaba con sonrisita burlona. La ví que le contestaba casi al oído, tratando de ponerse seria, con esa seriedad tierna que emplean las madres para reprender á sus hijos pequeñitos.

Cuando me vió, púsose á reír con naturalidad y franqueza.

—Vea usted, señor Colt, — me dijo — esto va como usted lo deseaba. Ahora nos divertimos todos, cada cual según sabe, pero ¿después?

—No tema usted, Rosa Elena. Con su talento y su ayuda, que espero, saldremos bien.

La hermosa, que no había bebido casi nada sin que nadie lo notara, pues tenía un tacto exquisito, á pesar de su serenidad, sentíase temerosa.

—¿Y mi madre?

—Desea hablarle á usted.

—Vamos—dijo levantándose y retirando su silla.

Luis, que se había quedado pensativo, al verla quiso ir también con ella, sin saber á dónde. Sin afectación, púsole en el hombro dos dedos de su mano izquierda, y le dijo con cariño:

—Espere usted aquí. Me llama mamá.

Cuando la hermosa vió el estado cuasi-comatoso en que se encontraba la ilustrada dama, no se molestó, ni por sus ojos cruzó la más ligera sombra. Sonrió como siempre, con la bondadosa condescendencia del fuerte, que comprende y disimula las flaquezas del débil.

—¿Estás bien, mamá? ¿Estás contenta? ¿Qué quieres?

—Mi hija . . . . mi . . . . hija . . . . querida Rosa . . . . Yo . . . . que . . . . ro que tú . . . . que tú cantes . . . . por . . . .

—¡Pero mamá!

—Sí . . . . yo quiero . . . . canta . . . . son buenas . . . . gentes . . .

Rosa Elena la miraba con ternura y, cariño. Estaba dispuesta á obedecerla á pesar de todo, pues bien comprendía el estado de

ánimo de su mamá. Intentó con suavidad, sin embargo, disuadirla.

—Pero, mira, mamasita, ¿cómo quieres que cante? No hay quien me acompañe. Además, ¿qué canto?

La Señora se encolerizó con la facilidad que para ello tienen los borrachos, siempre susceptibles. Dijo quién sabe qué palabras; pero su hija le tomó la cabeza con ambas manos, y levantándole la hinchada cara, la besó en la frente, en los ojos, en las mejillas, diciéndole con graciosísimo acento, imitando á un niño:

—No se enojando mi mamasita conmigo. Sí, yo voy á cantar. ¿Qué quelendo mi mamacita que cante?

La vieja se calmó en el acto con semejantes halagos. Meditó un momento como puede hacerlo un idiota, y dando un suspiro, que la hizo inflarse toda, dijo por entregas:

—Cas . . . . Cas . . . . ta Diva . . . .

—Pero mamasita, si eso es viejísimo, y de viejo hasta feo.

La señora se encolerizó de nuevo. Adivinamos que aquello era un recuerdo de su juventud, y que, dado su estado, debía necesariamente serle muy grato. Llamé al inspirado músico Don Canuto; pero á las primeras palabras, comprendimos que era imposible ningún acompañamiento de él ni de los suyos. El Maestro dijo campanudamente que sí acompañaría con toda propiedad, pues le era bien conocida toda clase de música, principalmente La Mascota y El Anillo de Fierro. Rosa Elena, sonriéndose siempre, encontró fácilmente la solución. Pidió una guitarra, manifestando al admirado *Maestro* que se iba á acompañar ella misma, para evitarles aquel trabajo á todos ellos, pues debían estar muy fatigados.

—Además,—añadió viendo que el famoso *Maestro* insistía—yo quiero que usted, inteligente conocedor, me juzgue y . . . . aplaunda. Es vanidad.

Corriendo trajeron una hermosa y fina guitarra de Luis. Este, al ver de lo que se trataba, fué á donde estábamos y ofreció



afinar el instrumento. Estaba el ingeniero bastante iluminado, pero sus ágiles manos y el perfecto conocimiento que en el ramo tenía, pues era un notable guitarrista (entre nosotros), además del amor que ya lo trafa con el alma muy ligera, le volvieron su destreza. Sentado en una silla, con la pierna derecha encima de la izquierda, la cintura de la guitarra en el muslo, la derecha en las cuerdas, la izquierda en las clavijas, con movimientos fáciles del que es práctico, ladeada la cabeza oía las notas que buscaba, y al mismo tiempo no quitaba los ojos de Rosa Elena, la cual ya hablaba conmigo, ya con Don Canuto ó decía á su mamá cariñosas palabras, acariciándola. Las conversaciones habían cesado y todos atentos, con los ojos inyectados y los párpados flojos, esperaban.

Cuando el instrumento estuvo afinado, Luis ensayó brillantemente dos ó tres acordes y los primeros compases del conocido wals de Chateaux Margaux. Con rapidez se volvió Rosa Elena, diciéndole:

—¡Magnífico! Es usted muy hábil . . . en verdad — añadió sonriendo discretamente. — Yo, hace mucho tiempo no toco la guitarra, y usted me va á acompañar, ¿verdad?

—Sí, sí, con mucho gusto,—contestó Luis lleno de orgullo.

Rosa Elena, con la mano izquierda en el respaldo de la silla de Luis, ensayó á media voz las primeras notas, y luego empezó á cantar con gran naturalidad y donosura, sin esfuerzo, la conocida y monaseada *Casta Diva qui inargente*, delicia de nuestros abuelos. Su voz limpia, pura, admirable, se extendía llenando todos los pechos, sacudiendo los corazones, y las ligeras notas de la guitarra se distinguían apenas, como un fondo vago, juntamente con el metálico golpear de las hojas de los plátanos, movidos por el viento. Al llegar á las palabras *senza nube é senza vel*, dichas con admirable sentimiento, la hermosa se detuvo en seco, diciendo con graciosa sonrisa:

—Ya no me acuerdo de eso, mamá.

La señora no oyó ésto, pero al notar la brusca interrupción y oír los aplausos estruendosos, alzó la cara que tenía cubierta con ambas manos. Lloraba como una estiladera. Antes que la ilustre dama tuviese tiempo de encolerizarse, la hermosa púsose á cantar con graciosa desenvoltura cómica el canallesco wals (ó lo que sea) de Las Instantáneas. La sorpresa, muy agradable, fué general. Todos saborearon inmediatamente el incitante agri-dulce de ese popularísimo canto, pues un gesto uniforme de placer se pintó en todas las caras. Los hombres se pusieron en pie con las bocas abiertas y los ojos de pescado. Rosa Elena, dominando difícilmente la risa de ver como hasta Mr. Moore y el poeta tuerto estaban en jauja, cambió de pronto, casi sin transición.

Enlazó con notabilísima habilidad, dejando á Luis en el aire, una romanza italiana sentimental y hermosa que empieza: *Si fuese céfiro de primavera*, propia para contralto, pero que ella adoptó fácilmente. Curioso fué el cambio de todas aquellas caras que parecían mascarones: una sombra de tristeza, cursi, sentimentalismo exagerado y llorón, los puso colosalmente ridículos, con arrugas horizontales en las frentes y con los labios trémulos. Hasta el monomaniaco del Dr. Ramírez olvidó, embobado, sus hidrocefálicos del año de los perros, y de emoción, se limpió las narices con ruido de figle.

Así como los muchachos á un toscó mono de barro lo hacen cambiar de figura según la gana les viene, de igual manera la hermosa cantante complacíase en trasformar las caras de su embelesado auditorio. Apenas terminada la romanza, empezó airoosamente con el wals de Chateaux Margaux. Había adivinado lo que convenía más á sus oyentes, y con tal fruición y deleite oíamos todos su armoniosa y pura voz, jugueteando, acariciando, que hasta me pareció ver al Tuerto, al Mono, á La Llorona, á Don Canuto, etc., levantados del vil suelo un palmo, como á los santos en éxtasis según cuentan los cronicones. Todos deseábamos ardientemente que siguiera cantando lo que quisiera, cuales-



quiera cosa, pero ya con aquello era demasiado. Cuando fatigada la hermosa, con las mejillas ardientes y coloreadas como un crepúsculo de Octubre, terminó entre infernal gritería, coces, aplausos, etc., etc., y nos volvimos para el lado de la señora Condesa, á quien todos olvidáramos completamente, la encontramos de bruces sobre el mantel, con la frente sobre los antebrazos y roncando como un barretero.

Dormía pesadamente. En la misma silla donde estaba sentada la llevamos hasta el gabinete de Dibujo. Allí habían preparado algunas camas. Doña Plácida la esposa del poeta; Doña Jesuita, la ídem de Don Pablo y sus dos hijas Rosario y Juana, así como otras mujeres, recibieron á la ilustre señora, á Doña Pilar Barajas, á la señora de Castillo Contreras y á seis de las señoritas, todas muy borrachas.

Cuando las acomodaron como mejor se pudo, entrecerrando la puerta, salieron Rosa Elena, María Teresa y Angela. Con mucho cuidado y pisando con las puntas de los pies, bajamos por la escalerita de madera, para no despertar á la señora Condesa y comparsa que dormían la mona.

## VIII

Comían los músicos, mejor dicho, devoraban. Es proverbial el apetito, siempre abierto, de estos señores artistas. Tan grande era el empeño y cuidado que en la ocupación ponían, que de nada se daban cuenta en su derredor, extraño al objeto principal. Advertí que ninguno, ni los Directores, ni el mismo Entorchado y Arias, quiso ocupar alguno de los lugares en que se sentaron los primeros comensales, quizá por respeto, ó bien porque pensaron

que regresaban, pues no podían creer que así como quiera se dejan sobre la mesa la mayor parte de las viandas y vinos ya servidos.

¡Buenas estaban ellas para volver!

Exceptuando á Rosa Elena, que no tenía absolutamente nada, así como María Teresa su hermana y Angela Ruiz y López, un poco *voladas* solamente, todas las demás no sabían ni dónde estaban. La mayor parte dormían profundamente y tres ó cuatro de las jóvenes, sentadas en mecedoras y sillas pequeñas, en los rincones ó junto á las camas, sufrían vértigos, mareos, etc. Las esposas é hijas de los empleados no tenían un punto de sosiego atendiendo á unas y otras.

Cuando atravesamos el patio era la 1 15 p. m. No corría ni el más ligero viento, el calor era insoportable y todo parecía dormir abrumado bajo aquella luz intensa y pesada que bañaba los profundos arroyos, de donde subían de vez en cuando oleadas calientes. Las peladas crestas rocallosas de los acantilados de porfidos rojos parecían vibrar con el intenso calor del sol.

María Teresa y Angela iban adelante, colgadas ambas de los brazos de Mr. Moore, al cual habían tomado cariño y trataban con suma confianza cual si fuesen amigos viejos. Muy simpático y atractivo era el yankee: con su alma buena y su espíritu sano, que á través de los ojos se le veía y en las palabras se adivinaba luego, ganábase la confianza de todos, y ellas eran ya sus buenas amigas cuando terminaba la comida, es decir, poco antes de levantar el campo. Esa familiaridad natural y sin esfuerzos conseguíala Moore con mucha facilidad, cual si fuese uno de las grandes facultades de su espíritu sereno, tranquilo y sin vueltas. Detuviéronse charlando alegremente á la sombra de un árbol, esperando á que llegásemos Rosa Elena, Luis y yo.

—Queremos andar para que se nos despeje la cabeza,—dijo María Teresa,—ver toda la maquinaria y, si se puede, ver el socavón ese, hasta allá adentro; pero hace mucho sol.